

Manuel Altolaguirre

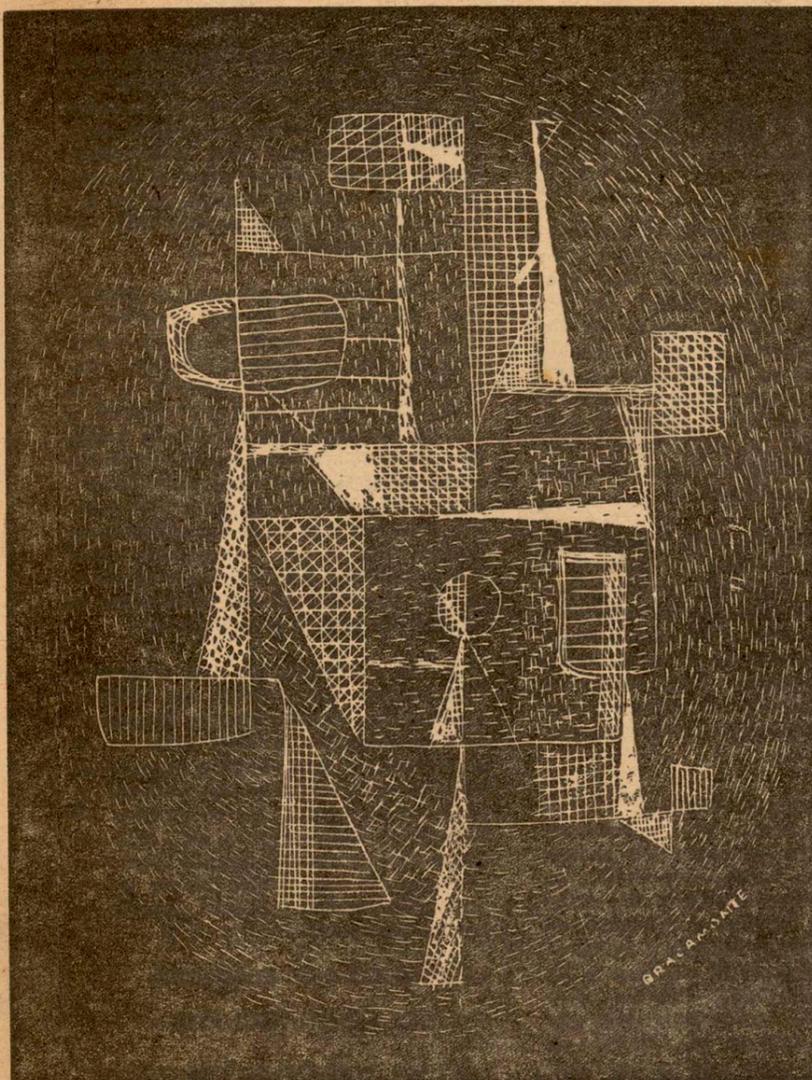
DEDICADO a la cinematografía estaba, desde su retorno a España tras más de veinte años de exilio, este poeta de adolescencia sin edad, palabra transparente y aérea colmada de significaciones leves y bufdas. Había nacido en Málaga, en 1906, y publicado a los 19 años un libro de poemas de pleno candor, de madurez libre de aspereza: "Las Islas Invitadas". Después vinieron "Ejemplo" y "Soledades Juntas", en los cuales la ascesis de la voz se hizo más rigurosa, más cabal. Pero la exigencia concluyó por callarlo. Bastaba, sin embargo, lo que había escrito en la primera juventud.

Fue también Manuel Altolaguirre el artesano delicado de los pequeños libros que su imprenta —denominada, como una invocación al milagro, "La Verónica"— dio a la luz, desde México y La Habana, ciudades de nuestra América adonde su peregrinaje de desterrado lo trajo. Sus versos denunciaban esta predilección por la labor pulida y prolija, que ejerció en la composición tipográfica de textos breves y bellos.

Poesía de efusión, la expresión lírica de Altolaguirre está en la línea lunar del verbo español de anteguerra: Juan Ramón Jiménez, Jorge Guillén, Pedro Salinas, Manuel Cernuda. Es la poesía del donaire interior, de la riqueza conceptual, del fondo melancólico y filosófico, no la del brillo cálido de los cantores solares como García Lorca o Alberti. El ademán es fino y corto, pero deja una huella que se ahonda con el tiempo y trasciende más allá del vehículo formal.

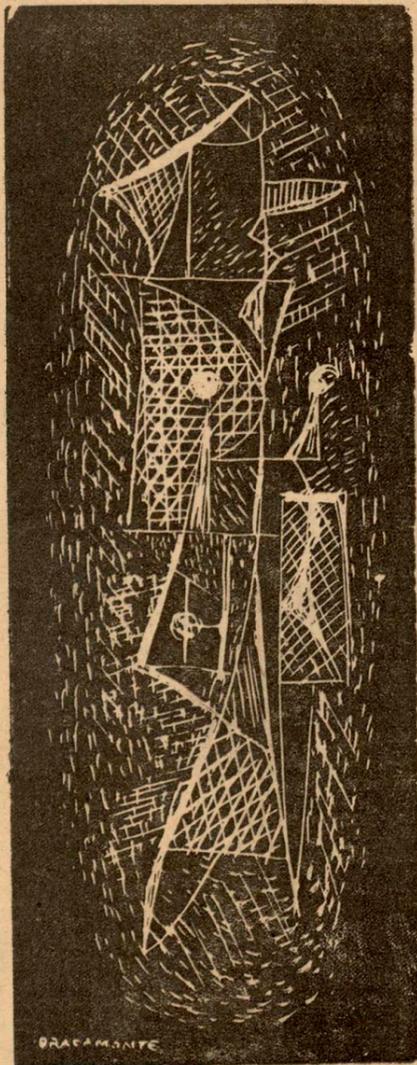
No es, pues, poesía de versos que se citan, sino poesía de reflexiones que silenciosamente se encadenan. Es poesía para la sensibilidad, no para los sentidos. Tal vez esa deficiencia imaginista llevó a Altolaguirre al cine, que presentimos brumoso y alusivo, de sugerencias poéticas, no de hechos rotundos. Pero este nuevo paso del poeta no pudo culminar. Iba, hace unos pocos días, a San Sebastián, al festival cinematográfico que ahí acaba de realizarse, y un accidente segó para siempre sus alas. Ya no enturbia el aire su cuerpo, digamos parodiando su alto verso, su verso espigado y quebradizo.

Nos quedan sus tres libros de poemas y los muchos que en "La Verónica" dio a la estampa empeñado en su oficio de creador de menudos y hermosos objetos. Perteneció a una generación brillante, y como él no era visible, como apenas intentaba desbrozar los misterios con un instrumento de hoja breve y sin peso, sin estruendo alguno, muy pocos repararon en su persona y su personalidad. Vendrá la hora de la reivindicación de Manuel Altolaguirre, un niño que fue adulto sin quererlo.



y su poesía adolescente

Por Sebastián Salazar Bondy



— I —

Las barcas de dos en dos,
como sandalias del viento
puestas a secar al sol.

Yo y mi sombra, ángulo recto.
Yo y mi sombra, libro abierto.

Sobre la arena tendido,
como despojo de mar,
se encuentra un niño dormido.

Yo y mi sombra, ángulo recto.
Yo y mi sombra, libro abierto.

Y más allá, pescadores
tirando de las maromas
amarillas y salobres.

Yo y mi sombra, ángulo recto.
Yo y mi sombra, libro abierto.

APOYADA EN MI HOMBRO...

Apoyada en mi hombro
eres mi ala derecha.
Como si desplegaras
tus suaves plumas negras,
tus palabras a un cielo
blanquísimo me elevan.

Exaltación. Silencio.
Sentado estoy en mi mesa,
sangrándome la espalda,
doliéndome tu ausencia.

MIRATE EN UN ESPEJO

Mírate en un espejo y luego mira
estos retratos tuyos olvidados,
pétalos son de tu belleza antigua,
y deja que de nuevo te retrate
deshojándote así de tu presente;
que cuando ya invisible sólo seas
alto perfume libre: alma y recuerdo,
junto al tallo sin flor pondré caídos
estos retratos tuyos para verte
como aroma subir y como forma
quedar abandonada en este suelo.

A MI MADRE

Hubiera preferido
ser huérfano en la muerte,
que me faltaras tú
allá, en lo misterioso,
no aquí en lo conocido.
Haberme muerto antes
para sentir tu ausencia
en los aires difíciles.
Tú, entre grises aceros,
por los verdes jardines,
junto a la sangre ardiente,
continuarás viviendo,
personaje continuo
de mis sueños de muerto.